

COMO ESCRIBEN ALGUNAS MUJERES

Por Francisco de Paula Gelabert.

Por regla general, a las mujeres les cuesta mucho trabajo escribir, y pasan más de un tropico, cuando se hallan con la pluma en la mano. ¡Cuánto papel gastan, para escribir una sola carta! ¡Cómo se equivocan, cómo se llenan de tinta los dedos, la ropa, y, a veces, hasta la cara!...

No aludo, desde luego, a las que escriben al novio ocultándose de papá y mamá, que éstas, por de contado, lo verifican con lápiz, ni a las que hace ocho o diez años están en correspondencia con un amante que viaja por Europa, quiénes, a fuerza de práctica, han adquirido la suficiente soltura, y con el hábito, escriben con facilidad y sin experimentar ninguno de esos percances que ocurren a las que no se hallan en su caso.

Se trata, por ejemplo, en cierta familia, de escribir a tio Gregorio, que se embarcó en uno de los últimos correos, para dirigirse desde Santander a Barcelona; y el cual ha recomendado encarecidamente a las muchachas, que no dejen de escribirle nunca, pues si incurren en esa falta, se enfadará mucho y dejará de mandarles los regalos que les ha prometido.

He aquí, pues, que llega el día 29, víspera de la salida del vapor correo, y todos son preparativos en la casa.

Primera dificultad: que no hay tinta, pues el tintero está exhausto, gracias al afán de Rafaelito, el hermano menor, de estar todo el día grabateando; de lo cual deduce su padre que, cuando sea grande, será literato; plumas, Dios las dé: una sólo existe;

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

174

pero tan vieja y estropeada, que no hay forma de unirle los puntos: y papel, por casualidad, un plieguito de cartas, rayado, lleno de arrugas y con unas manchitas que parecen de grasa.

Se manda a comprar, por tanto, a la papelería más próxima todo lo necesario para escribir; y una vez habilitado el tintero, preparada la pluma de acero correspondiente, y escogido el mejor pliego de papel, sin rayas, por supuesto, resulta entónces que la falsa no aparece: segunda dificultad que surge.

- Antoñica la cogió ayer para copiar un verso, y luego no sé donde la ha echado, observa una de las muchachas.

- Si, pero, como me encontré que no había tinta ningunita, copié el verso con lápiz y por ahí dejé la falsa; búsqwenla ustedes si quieren, porque, lo que soy yo, no tengo ahora ganas de levantarme.

Despues de un registro minucioso, parece al fin la dichosa falsa en una gaveta del tocador, de donde sale toda encascarillada.

Charito, la hermana mayor, es la designada para escribir la carta, pues, segun acuerdo de su madre y de sus hermanas, Antoñica y Lucía, es la que tiene la letra más clara y sabe poner mejor la pluma. Charito la da de bachillera y presume de entendida, con que figúrense ustedes.

Sentada, pues, la que va a escribir, y de pié junto a la mesa sus dos hermanas, se da principio a la obra magna.

- Vamos a ver cómo te portas, Charonga; salta Lucía que es un tanto burlona; al tío Gregorio no se le puede escribir de cualquier modo, porque él tiene mucha letra menuda, y donde te descuides, se va a reir de tu cartapacio. Con que abre los ojos, que yo tengo ya ganas de admirar lo que salga de esa chola talentuda...

- Mira Lucía, si empiezas con tus cosas, no voy a poder escribir ni dos renglones; con que déjame en paz.

✓✓

- ¡Ah, espérate, no sigas, para la mulita, que ya la has hecho! grita Lucía un momento después, riéndose a carcajadas; mira, Antoñica, lo que ha puesto: "Querido tío Grejorio". Al primer tapón...

- ¡Ay, caramba, me equivoqué! exclama Charito, moridiéndose el índice; habrá que empezar otra. También tengo hoy el pulso tan malo, la pluma la encuentro tan durísima y hasta el papel está lleno de pelusitas... Luego ustedes aquí encima, sofocándome... Yo necesito estar sola para trabajar de cabeza, porque esto no es lo mismo que copiar, en que no es menester calentarse el cerebro.

- Nada de cuanto has dicho te sirve de disculpa, insiste Lucía en tono burlesco; ¿acaso el pulso malo, la pluma dura y las pelusitas, es lo que te ha hecho poner Grejorio, cambiando la g por la j?. A otro perro con ese hueso, que así no me embajucas tú.

- Bueno, Lucía, no fatigues más; una equivocación la tiene cualquiera... Vamos, ven, siéntate, escribe tú la carta con esa letrica de piojillo, que dará gusto leerla...

Charito dice esto, ya cargada con las zumbas de su hermana, y al agitar la pluma deja caer un borrón en el segundo pliego, en donde acababa de escribir la fecha.

Nuevas exclamaciones, nuevas burlas, nueva interrupción y nuevo pliego al canto: ya van tres.

- Esta parece que vá a ser la obra de Santa María. ¿Cuándo parirá Catana? salta por su parte la madre, que cose allí inmediato al grupo que forman sus hijas.

- ¡Ah! ¿tú también, mamá? Esto sólo me faltaba; replica Charito con impaciencia, y soltando la pluma, se cruza de brazos y se pone a mirar al techo.

- No hagas caso, muchacha, de las jaranitas de tus hermanas y escribe sabroso, como tú lo sabes hacer. Ten presente que de eso de-

pende el que tu tío se gernudée desde Barcelona; con que esprímele el carletre, para que te la luzcas y diga tu tío que escribes como un abogado.

- En todo caso será como una ajogada, mamá, repone Lucía, prosiguiendo implacable en sus burlas.

- Desde luego la carta se ajoga, según estoy mirando; observa Antoñica, contagiada ya con Lucía.

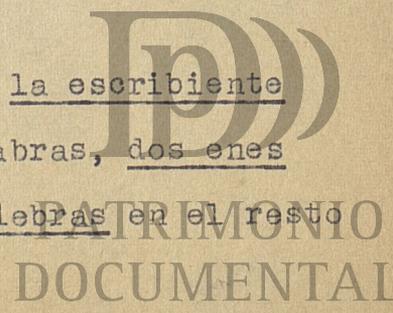
Al fin, ambas muchachas se apartan de la mesa dejando sola a Charito, quien principia por tercera vez la historiada misiva; pero como está sumamente enfadada, se halla menos apta que nunca para hacer nada bueno.

Resúmen de todo: que tras varias tentativas y despues de emborronar diversos pliegos de papel, Charito hace una carta que no gusta a su madre ni a sus hermanas, las cuales concluyen por reñir ágrimente con ella, mofándose de sus pretensiones.

Pero dada la urgencia del caso, y no habiendo modo de que satisfaga nadie el compromiso, en la casa, pues el padre hace dos días que está en Cárdenas, no debiendo volver a La Habana hasta el día 1º del mes entrante, se da el encargo de redactar la epístola a un primo de las muchachas, que se aparece como llovido del cielo en trance tan apurado.

Pasemos a otro ejemplo. Es esta una jovencita que escribe con suma dificultad la esquila que su madre le dicta, dirigida a una persona de confianza, y cuya esquila, principia de este modo: "Pancho, mándame etc."

A ver, acerquémonos y por encima del hombro de la escribiente leamos: ¿qué dice? - Pacho, mádamame. En ambas palabras, dos enes omitidas. Calculen ustedes si no habrá sapos y culebras en el resto



de la cartita.

Muchas hay que, escribiendo, ponen disparates graciosísimos, que hacen desternillar de risa al novio y a los amigos del novio; de ortografía, no se hable; y por lo que hace a aquello de poner los puntos y las comas, como ellas dicen, ¡qué si quieres!...

A propósito de esto, voy a terminar mi artículo, trasladando aquí unos párrafos de cierta carta que vino hace tiempo a mi poder, sin saber yo cómo, y que la conservo por ser única en su especie, y digna, por lo tanto de que pase a la posteridad mas remota.

Vean ustedes qué introducción mas cachonda la de la referida carta amorosa, que es como sigue:

"¡Hay, Luis de mi corazón, cuánto padezco en considerar lo lego que estamos, y cómo sufre mi pobre y afligido corazón! En fin, Luisillo de mi vida, te escribo estos cortos renglones (un pliego grande por las cuatro caras) dictados con todo el fuego de mi amor. Sí, Luis, te amo y eres para mí el más encantador, divino y amablísimo de los hombres. ¡Hay, mi Luis! este es un suspiro salido de lo más hondo de mi triste corazón. Cuando recibas ésta, me alegraré que estés mejor de tu divino corazón, de tu delicado estómago, de tu dolor en los riñones, de tu pobre muela y de tu preciosa vida, que Dios te la deje gozar por muchos años, llena de felicidades, placeres y dicha..."

Por este tenor está concebida toda la carta, la que no transcribo íntegramente, por ser, como ya indiqué, demasiado extensa. Pero no privaré a ustedes del párrafo final, que es toda una despedida.

Hélo aquí:

"Adios, divinísimo y simpático Luisillo; adios, corazoncito de dulce; adios, lucero de mi porvenir; adios, cielito adorado; re-

JB

cibe un corazón lleno de besitos, un par de modidas, y la mano muy
apretada. Adios, amablísimo, encantador y simpático Luisito; soy
tuya hasta más allá de la tumba; sí, tuya hasta la muerte, tu

Ipólita.

Adios, chinito".

Ello verso no será... pero es extremadamente amoroso, curioso
y original.

A parte de todo esto, convengamos en que las mujeres, en general,
no han nacido para escribir; ellas saben que ese no es su terreno,
y por lo tanto, suplen la dificultad de manejar la pluma, hablando
hasta por los codos.

1875.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA